

## Reseña: Drucaroff, E. (2015). *Otro logos. Signos, discursos, políticas*. Buenos Aires: Edhasa, 276 pp.

Silvana Castro Domínguez<sup>1</sup>

“¿Qué relación existe entre el lenguaje y la política, el lenguaje y la sociedad?” (p. 11) es la pregunta que impulsa a Elsa Drucaroff a embarcarse en un ensayo que revisita las ideas basales de nuestra cultura y propone la creación de *otro logos* diferente del falo-logocéntrico. Escritora, profesora de Letras egresada del ISP Dr. Joaquín V. González y doctora en Ciencias Sociales por la UBA, Drucaroff se dedica hace más de veinticinco años a los estudios feministas, lo que le permite establecer un diálogo fructífero entre tres áreas que muchas veces se analizan por separado: los estudios sociales y políticos, el análisis del discurso, el feminismo.

El libro está estructurado en cinco capítulos, más una introducción que lleva por título “La ardua tarea de evitar la verdad”, en la que la autora presenta el libro como el marco teórico que subyace a toda su obra crítica. Aquí propone, como encuadres fundamentales, el marxismo, las teorías feministas y las teorías del discurso, y establece las dos líneas que organizan su trabajo: la interrelación entre lo semiótico y lo no semiótico, y los órdenes jerárquicos que dictamina el falo-logocentrismo: el de clases y el de géneros.

En el primer capítulo, “Sobre signos, cosas y política”, la autora retoma la discusión entre lenguaje y realidad, y propone reemplazar los términos por *semiosis* y *no semiosis*, dado que los signos son en sí mismos materialidades. Retomando a Mijaíl Bajtín y Valentin Voloshinov, afirma que el combate ideológico no se concreta por medio del discurso, sino en él, ya que las palabras son la arena de las luchas de clases y géneros. Como propuestas superadoras de aquella vieja discusión entre las palabras y las cosas, Drucaroff se remite al crítico Raymond Williams y a la menos difundida Luisa Muraro, que, pese a su importancia, ha quedado marginada “en el ‘corralito’ de los ‘estudios de género’” (p. 24). Para Williams, las dicotomías como signo/realidad implican una jerarquización entre una causa y una consecuencia, lo que niega su simultaneidad e interdependencia. En consonancia con el teórico galés, Muraro reemplaza la idea de dicotomía por la de *corro*, que implica una retroalimentación constante entre lo semiótico y lo no semiótico, en la que cada parte es a la vez creadora y resultado de la otra. Siguiendo a estos autores, Drucaroff entiende el lenguaje como productor de riqueza que escapa a la lógica de mercado, lo que determina el discurso literario como “un modo peligroso y potente de cuestionar las significaciones imperantes en una sociedad” (p. 44). Los últimos apartados de este capítulo están dedicados a la definición de los Órdenes de Clases y de Géneros como espacios metafóricos y discursivos “en constante producción y existencia histórica y social” (p. 74). Estos demarcan los conflictos fundamentales que mueven la historia humana y establecen entrecruzamientos constantes; no obstante, son dos órdenes separados y no se subsumen uno en el otro.

<sup>1</sup> Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), Argentina, erzebethina@gmail.com.

El segundo capítulo, “Orden de Géneros: una economía política de la subjetivación de personas”, analiza a partir de Friedrich Engels y su revisión por Gayle Rubin, la producción de riquezas y la de personas como ejes de los Órdenes de Clases y Géneros. Para la autora, es característico del falo-logocentrismo que, ante la diferencia, surjan la oposición y la necesidad de dominación. Una mirada diferente (*otro logos*) implicaría aceptar las diferencias y los cruces sin imponer una jerarquía. Centrándose ya en el tema específico del capítulo (“Una economía política de la subjetivación de personas”), Drucaroff revisita las propuestas de la psicología y la antropología. A diferencia de otras lecturas feministas de Sigmund Freud, la autora entiende que este es consciente de que sus aportes pueden ser “generalidades históricamente determinadas”, a diferencia de Jacques Lacan o Claude Lévi-Strauss, contemporáneos de la estruendosa “tercera ola” feminista, quienes atribuyen a sus teorías un carácter universal y permanente. Por eso los considera “notables intelectuales orgánicos del falo-logocentrismo” (p. 116). Como contraposición presenta las figuras de tres teóricas claves del feminismo del siglo XX, las ya mencionadas Muraro y Rubin y la psicóloga belga Luce Irigaray, quienes supieron leer en estos pensadores masculinos los residuos contextuales del patriarcado o, como prefiere llamarlo Drucaroff, falo-logocentrismo. Este último es definido como

... modo de producción de significaciones y cuerpos que, en el corro ser cuerpo – ser palabra regula un sistema de sexo/ género [...] “de imperativo heterosexual” [que] supone opresión a las mujeres y a toda persona que de un modo u otro sea colocada en el lugar de la otredad, la diferencia (p. 118).

Drucaroff reivindica la figura de Irigaray, que inaugura el *feminismo de la diferencia*, y la coloca junto a Jacques Derrida y Gilles Deleuze entre quienes cuestionan la identidad como absoluto. Irigaray no solo piensa la diferencia, sino que piensa *desde* la diferencia y así se sitúa fuera del logos hegemónico. En este sentido, la investigadora argentina entiende que sus aportes han sido más radicales que los de Freud o el propio Karl Marx. Dado que la mujer no es definida en sí, sino respecto del hombre, lo que la sitúa en una posición de carencia e incompletud, y, dado que el logos patriarcal solo ve en la diferencia oposición y jerarquía, el Orden de Géneros es, para Drucaroff, la estructura básica de la desigualdad, que será reproducida luego en otras relaciones con un Otro, como es el caso de la discriminación racial. Por eso concuerda con la propuesta de Irigaray de buscar un logos alternativo que incluya la diferencia, que genere praxis artísticas y culturales disidentes y trabaje desde un lenguaje no fálico.

De Muraro, por su parte, la autora retoma la reivindicación de la metonimia como el lenguaje de la madre, ante la metáfora, puramente simbólica, que da lugar a un régimen hipermetafórico que desplaza a la mujer fuera del discurso. Presenta el ejemplo del ocultamiento del rol de la mujer en la creación, vista como un mero recipiente (de Platón al catolicismo), y su reemplazo por una figura masculina dadora de vida. Esta misma relación se da entre el ser humano y la tierra expoliada, otro modo, para la autora, de concretar el homodominio patriarcal. Drucaroff propone con Muraro restituir la autoridad de la madre, el lenguaje de la metonimia que mantiene un contacto directo con el otro, como opción a la hipermetaforicidad que nos aliena y, por consiguiente, allana el terreno para las relaciones de rechazo y dominación.

El tercer capítulo lleva por título “Orden de Géneros: feminismos y políticas”; aquí la autora analiza el presente del feminismo, su operatividad política, y las distintas corrientes,

principalmente, la contraposición entre el ya comentado feminismo de la diferencia y la posición más difundida en América de Judith Butler. El primero, desde una propuesta deconstructivista que parte del psicoanálisis y la lingüística, busca en la construcción de las subjetividades la clave de la opresión de género. Para Drucaroff, este feminismo fue a veces mal entendido como “esencialista” solo porque no niega el rol que la materialidad juega en la lucha de sexos. A este se le opone otro feminismo, que la autora llama “de género”, que pone énfasis en la construcción social y la lucha política, por lo que confunde en algún punto los dos órdenes (clases y géneros). Para la autora, esta línea no termina de salir del falologocentrismo, ya que no puede pensar la diferencia: así las cuestiones de género terminan fusionándose con las de clase y perdiendo su identidad. Drucaroff admite la necesidad de un feminismo pragmático, como lo es el de género, pero considera fundamental tener una perspectiva que ataque los fundamentos del patriarcado y no solo sus síntomas, como la que propone el feminismo de la diferencia. Con respecto a Butler, la autora estima que ha sido leída “con obediencia poco crítica” (p. 279). Destaca dos desavenencias de Butler con el feminismo de la diferencia: primero, que no admite una materialidad previa al discurso (el sexo ya es el resultado de una operación discursiva) y, segundo, que cree que, para el sistema, lo femenino no es problemático en tanto acepte el “imperativo heterosexual”. En esta disidencia, Drucaroff se posiciona más cerca de Irigaray y, en respuesta a Butler, da a uno de sus apartados el título “A los bebés no los trae la cigüeña, pero tampoco los trae el discurso” (p. 291).

A continuación, en el capítulo cuatro, “Orden de Clases: el Capital, un hijo perfecto del Padre falologocéntrico”, la autora argumenta que el Orden de Géneros, que implica la objetivación y dominación de la mujer, es antecedente necesario del Orden de Clases, que reproduce esta forma de opresión primaria. Para ello, explica el sistema de acumulación de riquezas y la consiguiente diferenciación de clases, desde una mirada marxista no ortodoxa. Así, retoma conceptos como el de mercancía, valor, trabajo, y relee, desde una lúcida mirada de género, aspectos centrales de *El capital*. Una política revolucionaria, concluye, debe “pensar el falologocentrismo como necesario territorio del capitalismo” (p. 378). Partiendo del cuerpo femenino, la investigadora analiza tres conceptos: el tiempo, cuyo paso marcado en el cuerpo de la mujer se opone a la rutina agobiante que impone el capitalismo; el fetichismo cuerpo/objeto, que le permite retomar la crítica a la teoría lacaniana, y el goce, que transforma los objetos en sujetos de placer. Por último, establece un paralelismo entre el capital y el deseo, ambos insaciables, pero diferentes en cuanto el capital pone en marcha una semiosis infinita, mientras que el deseo se agota en la no semiosis finita. La autora se pregunta si *otro logos* no traerá también otro goce y recupera la concepción deleuziana del deseo como forma de resistencia.

Por último, en “Orden de Clases y Orden de Géneros: Otro logos”, Drucaroff analiza por qué tantos intentos de construir un mundo mejor han fracasado. La respuesta es que todos ellos han buscado formas sociales alternativas sin atacar la base de las desigualdades: el falologocentrismo. Ante el logos patriarcal que ve peligro en la diferencia, se levanta *otro logos* que ve en el otro una posibilidad de solidaridad. Ante el poder concebido como sometimiento, se levanta la autoridad de la madre, que busca ayudar y hacer crecer. Ante la visión del deseo como pulsión (o “necesidad” creada por el mercado) que se sirve de un objeto, opone la visión de un sistema en que la satisfacción implique la colaboración con el otro y con el todo. Ante la metáfora, el alma y la abstracción; la metonimia, el cuerpo, la experiencia.

Para concluir, *Otro logos* es, por una parte, un libro imprescindible para el feminismo, en cuanto dialoga con algunas de las corrientes más importantes del movimiento y hace una crítica minuciosa de autoras como Irigaray, Kristeva, Butler o Rubin; pero, además, es un ensayo que supera los límites que a veces se dan a los “estudios de género”, ya que discute con grandes pensadores de nuestra cultura, desde Platón, hasta Derrida, pasando por Freud, Bourdieu, Saussure y muchos otros. Con un estilo que se sale, afortunadamente, de lo rigurosamente académico y se acerca, por momentos, al debate, a la literatura, Drucaroff ejemplifica con su libro lo que propone: *otro logos*, otra discursividad que posibilite crear otra realidad. Este logos queda, de alguna manera, pautado en el último capítulo, que abandona las discusiones “de escritorio francés”, como las llama, y se mete de lleno en la cuestión de generar una praxis que permita ir más allá de la crítica, al terreno de la construcción de un sistema diferente.